

## ANCLAS Y FONDEOS



Para algunos de ustedes las anclas de los barcos, esos trozos de hierro que podemos observar cuando pasemos por un puerto, no son más que hierros de formas curiosas, que se utilizan para dejar quieta a una embarcación; pero nada de eso está más lejos de la realidad. Un ancla, sea cual fuese su tamaño y forma, es un objeto artesanal y preciso, para cuyo diseño se emplearon muchas horas; además de que cada una de sus partes cumple una función muy específica: el arganeo, las uñas, cepo y caña. El Diccionario de la Lengua española dice que, “un ancla es un instrumento fuerte de hierro forjado, en forma de arpón o anzuelo doble, compuesto de una barra, llamada caña, que lleva unos brazos terminados en uñas, dispuestos para aferrarse al fondo del mar y sujetar la nave”.

A lo largo de la historia de la navegación las formas y el tamaño de las anclas han ido variando, conforme cambiaba la eslora y el desplazamiento de los barcos. Así, las primeras anclas conocidas consistían en piedras rudimentarias, en cuyos extremos se anudaban cabos de cáñamo y esparto. Cada vez que se fondeaba con ellas, cabía la posibilidad de que la nave que sujetaban zarpase a la deriva. Los cabos se rompían por el roce con las piedras, y los nudos se deslizaban por la piedra debido a los tirones que daba el barco. Con el tiempo, los constructores de naves y los marinos que los capitaneaban se dieron cuenta de que había que introducir el hierro a modo de agarre más firme para los cabos. Alternando este material con las maderas más resistentes, nacieron nuevas anclas con brazos, que lograban hacer firme sobre el fondo, dado que ya no era sólo su peso la fuerza de sujeción, sino que sus extremos se hundían en el lecho marino. Más tarde se estudió el agarre sobre las distintas materias de las que se compone el fondo marino.

Nuestros antiguos marinos advirtieron que no todas las anclas podían fabricarse con la misma forma. Que debían diseñar partes diferentes, en función del lugar en el que tuviesen que fondear sus barcos. Así nacieron las anclas apropiadas para arena, para el fondo de roca, y especiales para sujetarse sobre la vegetación submarina. Incluso, se diseñaron anclas que podían levantarse cuando su extremo quedaba atrapado por una roca. Han sido muchos los avances que se han experimentado con estas vitales piezas de los barcos. No se puede salir a la mar sin llevar a bordo un ancla. A veces no llevaremos la adecuada, pero al menos es necesario que contemos con una, y unos buenos metros de cadena, que son los que en realidad, con su peso, hacen que el ancla se clave en el lecho marino.

Los romanos fabricaron fondeos muy efectivos, que construían a base de madera y hierro. Los griegos también fueron buenos constructores de anclas; las hacían con piedras agujereadas por las que pasaban trozos de hierro unidos con cáñamo. Pero quizás los mejores forjadores de anclas del pasado fueron los vikingos, verdaderos impulsores de las piezas más modernas. Hay anclas llamadas de Rezón, del

Almirantazgo, Trofman, modelo Martín, May, Ribec Marrell, Wastenev y Danfort, que son las más usadas en nuestros días. También hay anclas Northill, Pipper y de Hongo o Paraguas. Cada marino ha de escoger la que más le convenza.

En las costas de Almería, sobre todo en las poblaciones del Parque Natural del Cabo de Gata, sus gentes tienen la costumbre de exhibir en las fachadas de sus casas las anclas que encuentran en la mar. De esta manera tan natural se ha ido formando un verdadero museo de anclas, en el que podemos apreciar los cambios producidos en ellas a través de los siglos. Imprescindibles herramientas de trabajo, si cuya ayuda los barcos no podrían detenerse. La mayor parte de ellas pertenecen a goletas y fragatas de siglos pasados, que se pudieron conservar bajo el agua gracias al fondo arenoso en el que permanecieron enterradas, y que las liberó del destructivo óxido y de las incrustaciones. Algunas de ellas parecen recién salidas de los talleres de forja de entonces. Otras, por el contrario, han perdido alguna de sus partes, pero siguen siendo hermosas, y nos dejan entrever el tamaño del velero al que debieron servir.

Junto a la mar, o en los cruces de las carreteras, se pueden ver anclas antiguas con uñas y arganeos de potente factura, que un ya lejano día sirvieron para dejar quietos a los barcos, cuando fondeaban en las radas cercanas para aprovisionarse de agua o víveres.

Antiguamente se las llamaba áncoras. También fierros, y se decía que servían para “para sujetar en ellas las embarcaciones, y asegurarlas del ímpetu de los vientos”. Hay una frase que utilizaban los marinos de antaño, y que sugieren un espacio de tiempo indeterminado, para el que hoy apenas tenemos traducción: De ancla a ancla, era una expresión de mucho uso, que indicaba el tiempo que medía desde que se levaban las anclas en un puerto, hasta que se dejaba caer en otro, después de un viaje. Las prisas de hoy impiden a los barcos fondear. Cargan y descargan en los muelles conectados e mangueras, mientras sus tripulantes hablan por el teléfono vía satélite y navegan por Internet. Algunas cosas las hacíamos mejor antes.